

sacado mi bien. A cuya excelente y divina merced en alguna manera no respondería yo con el agradecimiento debido, si agora que puedo, en la forma que puedo, y según la flaqueza de mi ingenio y mis fuerzas, no pusiese cuidado en aquesto, que á lo que yo juzgo, es tan necesario para el bien de sus fieles.

§. I.
Introdúcese en el asunto con la idea de un coloquio que tuvieron tres amigos en un deporte.

Pues á este propósito me vinieron á la memoria unos razonamientos, que en los años pasados tres amigos míos, y de mi Orden, los dos de ellos hombres de grandes letras é ingenio, tuvieron entre sí por cierta ocasión acerca de los Nombres, con que es llamado Jesucristo en la Sagrada Escritura. Los cuales me refirió á mi poco después el uno de ellos, y yo por su cualidad no los quise olvidar. Y deseando yo agora escribir alguna cosa, que fuese útil al pueblo de Cristo, hame parecido, que comenzar por sus nombres, para principio es el más feliz y de mejor anuncio; y para utilidad de los lectores la cosa de más provecho; y para mi gusto particular, la materia más dulce y más apacible de todas. Porque así como Cristo nuestro Señor es como fuente, ó por mejor decir, como Océano, que comprende en sí todo lo provechoso y lo dulce, que se reparte en los hombres; así el tratar de él, y como si dijésemos, el desenvolver aqueste tesoro, es conocimiento dulce y provechoso más que otro ninguno. Y por orden de buena razón se presupone á los demás tratados y conocimientos aqueste conocimiento. Porque es el fundamento de todos ellos, y es como el blanco adonde el cristiano endereza todos sus pensamientos y obras. Y así lo primero á que debemos dar asiento en el ánimo es á su deseo, y por la misma razón, á su conocimiento, de quien nace, y con quien se enciende y acrecienta el deseo. Y la propia y verdadera sabiduría del hombre, es saber mucho de Cristo: y á la verdad es la más alta y más divina sabiduría de todas. Porque entenderle á él,

es entender todos los tesoros de la sabiduría de Dios, que como dice San Pablo (Ad Coloss. c. II, v. 3), están en él encerrados; y es entender el infinito amor que Dios tiene á los hombres, y la majestad de su grandeza, y el abismo de sus consejos sin suelo, y de su fuerza invencible el poder inmenso, con las demás grandezas y perfecciones que moran en Dios, y se descubren y resplandecen, más que en ninguna parte, en el misterio de Cristo. Las cuales perfecciones todas, ó gran parte de ellas, se entenderán, si entendiéremos la fuerza y la significación de los Nombres que el Espíritu Santo le da en la divina Escritura. Porque son estos Nombres como unas cifras breves, en que Dios maravillosamente encerró todo lo que acerca de esto el humano entendimiento puede entender, y le conviene que entienda.

Pues lo que en ello se platicó entonces, recorriendo yo la memoria de ello después, casi en la misma forma como á mí me fué referido, y lo más conforme que ha sido posible al hecho de la verdad, ó á su semejanza, habiéndolo puesto por escrito, lo envío agora á Vm. á cuyo servicio se enderezan todas mis cosas.

—Era por el mes de Junio, á las vueltas de la fiesta de San Juan, á tiempo que en Salamanca comienzan á cesar los estudios, cuando Marcelo, el uno de los que digo (que así le quiero nombrar con nombre fingido, por ciertos respetos que tengo, y lo mismo haré á los demás) después de una carrera tan larga como es la de un año, en la vida que allí se vive, se retiró, como á puerto sabroso, á la soledad de una granja, que como Vm. sabe, tiene mi monasterio en la ribera de Tor- mes, y fuéronse con él, por hacerle compañía, y por el mismo respeto, los otros dos. Adonde habiendo estado algunos dias, aconteció que una mañana, que era la del día dedicado al Apóstol San Pedro, después de haber dado al culto divino lo que se le debía, todos tres juntos se salieron de la casa á la huerta que se hace delante de ella.

Es la huerta grande, y estaba entonces bien poblada de árboles, aunque puestos sin orden; mas eso mismo hacía deleite en la vista, y sobre todo la hora y la sazón. Pues entrados en ella, primero y por un espacio pequeño se anduviéron paseando y gozando del frescor; y después se sentaron juntos

á la sombra de unas parras, y junto á la corriente de una pequeña fuente en ciertos asientos. Nace la fuente de la cuesta que tiene la casa á las espaldas, y entraba en la huerta por aquella parte, y corriendo y estropezando, parecía reirse. Tenían también delante de los ojos, y cerca de ellos, una alta y hermosa alameda. Y más adelante, y no muy lejos, se veía el río Tormes, que aun en aquel tiempo hinchando bien sus riberas, iba torciendo el paso por aquella vega. El día era sossegado y purísimo; y la hora muy fresca. Así que asentándose, y callando por un pequeño tiempo después de sentados, Sabino (que así me place llamar al que de los tres era el más mozo), mirando hácia Marcelo, y sonriéndose comenzó á decir así:

Algunos hay, á quien la vista del campo los enmudece, y debe ser condición de espíritus de entendimiento profundo; mas yo como los pájaros en viendo lo verde, deseó ó cantar, ó hablar.—

Bien entiendo por qué lo decís, respondió al punto Marcelo, y no es alteza de entendimiento, como dais á entender por lisonjearme, ó por consolarme, sino cualidad de edad y humores diferentes que nos predominan, y se despiertan con esta vista, en vos de sangre, y en mí de melancolía. Mas sepamos, dice, de Juliano (que este será el nombre del otro tercero), si es pájaro también, ó si es de otro metal.—

No soy siempre de uno mismo, respondió Juliano, aunque agora al humor de Sabino me inclino algo más. Y pues él no puede razonar consigo mismo, mirando la belleza del campo, y la grandeza del cielo; bien será que nos diga su gusto acerca de lo que podremos hablar.—

Entonces Sabino, sacando del seno un papel escrito, y no muy grande, aquí, dice, está mi deseo y mi esperanza.—

Marcelo que reconoció luégo el papel, porque estaba escrito de su mano, dijo vuelto á Sabino, y riéndose: No os atormentará mucho el deseo á lo ménos, Sabino, pues tan en la mano tenéis la esperanza; ni aun deben ser ni lo uno ni lo otro muy ricos, pues se encierran en tan pequeño papel.—

Si fueren pobres, dijo Sabino, ménos causa tendréis para no satisfacerme en una cosa tan pobre.—

En qué manera, respondió Marcelo, ó qué parte soy yo

para satisfacer á vuestro deseo, ó qué deseo es el que decís?

Entonces Sabino, desplegando el papel, leyó el título, que decía *De los Nombres de Cristo*; y no leyó más, y dijo luégo: Por cierto caso hallé hoy este papel, que es de Marcelo, adonde, como parece, tiene apuntados algunos de los nombres con que Cristo es llamado en la sagrada Escritura, y los lugares de ella, adonde es llamado así. Y como le vi, me puño codicia de oírle algo sobre aqueste argumento; y por eso dije, que mi deseo estaba en este papel. Y está en él mi esperanza también; porque como parece de él, este es argumento, en que Marcelo ha puesto su estudio y cuidado, y argumento que le debe tener en la lengua: y así no podrá decirnos agora, lo que suele decir cuando se excusa, si le obligamos á hablar, que le tomamos desapercibido. Por manera que pues le falta esta excusa, y el tiempo es nuestro, y el día santo, y la sazón tan á propósito de pláticas semejantes; no nos será dificultoso el rendir á Marcelo, si vos, Juliano, me favorecéis.—

En ninguna cosa me hallaréis más á vuestro lado, Sabino, respondió Juliano.—Y dichas y respondidas muchas cosas en este propósito, porque Marcelo se excusaba mucho, ó á lo ménos pedía que tomase Juliano su parte, y dijese también, y quedando asentado, que á su tiempo, cuando pareciese, ó si pareciese ser menester, Juliano haría su oficio; Marcelo, vuelto á Sabino, dijo así: Pues el papel ha sido el despertador de esta plática, bien será que él mismo nos sea la guía en ella. Id leyendo, Sabino, en él, y de lo que en él estuviere, y conforme á su orden, así iremos diciendo, si no os parece otra cosa.—

Antes nos parece lo mismo, respondiéron como á una Sabino y Juliano; y luégo Sabino, poniendo los ojos en el escrito, con clara y moderada voz leyó así: